

EE.UU.: RADIOGRAFÍA POSTELECTORAL

El pueblo norteamericano, el mismo que votó mayoritariamente al Partido Republicano en las elecciones de 2000, 2002 y 2004, optó en las elecciones intermedias de 2006 por devolver la mayoría en las dos cámaras del Congreso al Partido Demócrata. Dos años después, en 2008, y ante la impasibilidad de los Republicanos por convencer a su electorado, la reciente elección presidencial ha dado la victoria al candidato Demócrata, Barack Obama. Su triunfo, menos amplio de lo que se ha venido aduciendo en los medios, ha llevado a algunos analistas a considerar la posibilidad de que dicha elección haya marcado el inicio de un definitivo giro ideológico en Estados Unidos: un giro en contra del ideario conservador y un empuje a favor de políticas progresistas de talante socialdemócrata. Dicho análisis puede resultar razonable si miramos los intentos por parte del Partido Demócrata de sacar partido de la actual crisis financiera e importar a Estados Unidos una suerte de socialdemocracia a la europea. Dicho giro quedaría, además, disimulado por el caos financiero vivido a fines de 2008 y por el nefasto intervencionismo gubernamental iniciado por Bush-Paulson al hilo de dicha crisis económica.

El presente artículo busca realizar una personal reflexión, a modo de radiografía postelectoral, sobre tal análisis y sobre el estado actual de la

Alberto Acereda es catedrático universitario en EE.UU. Miembro correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, miembro de la Heritage Foundation y colaborador del Goldwater Institute y del GEES.

política norteamericana. Nuestro análisis pretende explicar dónde se halla ideológicamente Estados Unidos tras las presidenciales de 2008. Para ello, estableceremos algunas reflexiones que, a modo personal, extraemos de lo ocurrido en el reciente escenario político y electoral. La primera cuestión de fondo pasa por plantear una convicción de que, pese a los resultados electorales, Estados Unidos sigue siendo mayoritariamente una nación conservadora en sus ideas, apoyada en una democracia liberal representativa que sigue siendo ejemplo para el mundo. Ni la victoria de Obama, ni la mayoría Demócrata en ambas cámaras del Congreso deben entenderse necesariamente como un giro o cambio ideológico entre la ciudadanía, y menos aún en contra del conservadurismo. En todo caso, los resultados electorales respecto al candidato presidencial elegido significan por parte del electorado una seria llamada de atención a un partido político, el Republicano, que lamentablemente ha olvidado sus principios conservadores en los últimos años.

La segunda cuestión de fondo conecta con lo que ya adelantamos en estas mismas páginas al tratar de la izquierda norteamericana¹. Entonces, como ahora, juzgamos que estamos viviendo ya la confirmación del peligro que supone la izquierda política en Estados Unidos, encarnada en varias alianzas y grupos que han hecho posible la victoria de Obama. Su figura política y los trasfondos ideológicos de su entorno no son, como mostraremos, los del político centrista que sus primeros nombramientos parecen indicar, pues Obama no va a dejar pasar esta gran oportunidad para avanzar en Estados Unidos todas las políticas posibles del progresismo secular. Paradójicamente, mientras Estados Unidos sigue siendo un país mayoritariamente conservador –según probaremos–, la Casa Blanca va a ser ocupada por un político opuesto a los valores conservadores y que cuenta, además, con amplias mayorías en el poder legislativo y con la posibilidad de alterar a su gusto cargos importantes del poder judicial.

¹ **Acereda, Alberto.** "La izquierda norteamericana". *Cuadernos de Pensamiento Político* 15 (2007): 145-162.

ESTADOS UNIDOS Y SU BASE ELECTORAL

En términos ideológicos, consideramos que Estados Unidos es una nación situada más a la Derecha política que a la Izquierda, con una ciudadanía más conservadora en sus usos y costumbres de lo que muchos analistas o medios de comunicación quieren presentar tras la elección de Obama. Antes de desarrollar y ejemplificar documentalmente nuestra tesis, vale aclarar los términos conceptuales a fin de enmarcar correctamente la idea de conservadurismo norteamericano. Es éste en Estados Unidos lo que en el ámbito europeo –y español– se denominó “liberalismo” en su sentido clásico y lo que constituyó la semilla sobre la que floreció la vida política norteamericana. No olvidemos que al escribir *Los fundamentos de la libertad*, un liberal como Friedrich A. Hayek reconoció que los defensores de la Libertad no tenemos prácticamente más alternativa, en el terreno político, que apoyar a los llamados partidos conservadores. La posición que Hayek defendió a lo largo de su ejemplar obra puede calificarse de conservadora, pese a que –como el mismo pensador también reconocía– tal etiqueta se correspondía a la definición “conservadora” norteamericana, distinta de aquella idea a la que tradicionalmente correspondía la denominación “conservadora” en Europa². Como también vio agudamente el propio Hayek, no existe en la historia de Estados Unidos nada que se asemeje en puridad a la oposición terminológica europea contemporánea que opone a “liberales” y “conservadores”. Fue también Hayek quien dejó expresamente escrito su desencanto con la palabra “liberal” en Europa y quien reconoció cómo el liberalismo europeo de tipo racionalista, lejos de propagar la filosofía realmente liberal fue allanando los caminos al socialismo y facilitando su implantación. Vale la pena no olvidar estas apreciaciones, sobre todo porque cuando Hayek explicó sus razones para no ser conservador, se estaba refiriendo al término en la acepción europea, no al concepto “conservador” norteamericano. Al tratar aquí, por tanto, del conservadurismo estadounidense, y sin entrar a matizar las distintas tendencias y formulaciones, hacemos referencia a la tradición enraizada en los Locke, Tocqueville, Burke o Lord Acton de ayer y que alcanza a los posteriores Goldwater, Kirk, Buckley, Reagan o Gingrich.

² Hayek, Friedrich. *Los fundamentos de la libertad*. Madrid: Unión Editorial, 2006.

Aclarados los conceptos, nuestra tesis del sedimento conservador en el pueblo norteamericano se prueba en la historia presidencial misma de Estados Unidos, justo la que muestra que desde Abraham Lincoln hasta hoy (o sea, en el último siglo y medio), los votantes estadounidenses han elegido más del doble de presidentes Republicanos que Demócratas. De los Republicanos, además, muchos de ellos –precisamente los más grandes– se definieron como conservadores. Es por ello que ni el triunfo de Obama en la reciente elección presidencial, ni el culto emocional y casi mesiánico a su figura, ni el aumento de congresistas y senadores del Partido Demócrata a partir de enero de 2009 en el Congreso de Estados Unidos prueban que se haya dado verdaderamente un giro en el perfil ideológico del pueblo estadounidense. Otra cosa es que, como apuntaremos más adelante, las alianzas del progresismo de izquierdas en Estados Unidos y sus aliados exteriores estén intentando que así sea. Bien mirado, en las elecciones intermedias de 2006, el triunfo del Partido Demócrata se debió en buena medida a que sus candidatos se presentaron más como “conservadores” que como progresistas (“liberals”). El mismo Obama se presentó a las elecciones con difusos programas, algunos de ellos –como la rebaja de impuestos– procedentes de la mejor tradición conservadora. La derrota del Partido Republicano en 2008 –menos abultada en números reales que lo que se ha querido contar– es consecuencia del error por parte del Partido Republicano de no poner en práctica precisamente el ideario conservador. Es por ello que consideramos que quienes dan por muerto el talante conservador de Estados Unidos se equivocan, tal y como prueban los resultados de las votaciones estatales de algunas de las provisiones y enmiendas, según detallaremos.

Lo hecho en el último medio siglo por figuras como Goldwater, Buckley o Reagan es parte imborrable de la tradición conservadora norteamericana, la misma que hoy –a lo largo y ancho de Estados Unidos– no parece haberse disipado. En el corazón de Estados Unidos late un sano sentido conservador del mundo, un conservadurismo que entiende la vida como progreso por vía de la libertad y responsabilidad individual y no tanto por vía de la ingeniería intervencionista del Gran Gobierno. A la luz de lo que se ha mostrado en cuanto a las elecciones generales y las diversas proposiciones estatales, confirmamos la existencia real de una ciuda-

danía cercana al conservadurismo. La “Battleground Poll”, por ejemplo, es una de las encuestas más fiables en Estados Unidos³. Lo es por su condición de ser una iniciativa seria e imparcial y porque cuenta con el esfuerzo de dos grupos interesados en sacar datos de rigor, contrastados y calibrados. Sus encuestas vienen empleando las mismas preguntas desde hace varios años, de modo que los resultados pueden ser mejor comparados. Celinda Lake y Ed Goeas elaboran junto a los equipos del Tarrance Group y del Lake Research Partners un encomiable trabajo. Sus encuestas confirman ese carácter conservador del ciudadano medio norteamericano.

En los días previos a las elecciones del 4 de noviembre, Bruce Walker detallaba con especial clarividencia en las páginas de *American Thinker*⁴ el silencio general de los medios de comunicación sobre la consistencia del pueblo norteamericano al responder una de esas preguntas en las últimas trece encuestas realizadas en el “Battleground Poll”. La pregunta plantea al ciudadano cuál es su ideología política y si éste se considera “muy conservador”, “algo conservador”, “moderado”, “algo liberal” (siempre, insistimos, en terminología anglo-norteamericana, es decir, “progresista”), “muy liberal” o no sabe / no contesta. En la encuesta del 20 de agosto de 2008, los norteamericanos respondieron del siguiente modo: el 20% se definió como muy conservador; el 40% como algo conservador; el 2% como moderado; el 27% como algo liberal y el 9% como muy liberal; el 3% no supo o no contestó. Significa esto, en fin, que el 60% de los norteamericanos se identifican de algún modo con el conservadurismo frente al 36% que se definen como progresistas (“liberals”). Una mirada a la misma pregunta en distintas fechas, ofrece resultados similares y cercanos a ese 60%, tal como prueba el 59% repetido en las encuestas del 17 y 25 de septiembre de 2008, así como las del 3,9 y 23 de octubre de 2008. Si se comparan estos recientes resultados con los otros datos de esas encuestas del “Battleground Poll”, es decir, desde junio de 2002 hasta hoy se verifica que hay una reincidente opinión pública norteamericana a favor del conservadurismo, una consistente autodefinición de la ciudadanía como ideológicamente conservadora,

³ **Battleground Poll.** Cuestionarios y encuestas a cargo de Celinda Lake y Ed Goeas para “The Tarrance Group and Lake Research Partners”, 2008.

⁴ **Walker, Bruce.** “The Biggest Missing Story in Politics”. *American Thinker*, 25 de agosto de 2008.

en un porcentaje que gira en torno al 60%, concretamente entre el 58% y el 63%. Por otro lado, la autodefinición de la ciudadanía como “liberal” no pasa del 38% y ha sido generalmente más baja.

Pese a los permanentes intentos de muchos analistas y grupos mediáticos progresistas dentro y fuera de Estados Unidos por presentar a los conservadores como grupos peligrosos ligados al autoritarismo, al racismo, al sexismo y a otros insultos comunes que los conservadores suelen recibir, la realidad muestra que el conservadurismo norteamericano significa avance, progreso real, Libertad. Todo ello se ve en la importancia de lo conservador en estas tierras y en la positiva visión de los norteamericanos respecto a ese ideario. Precisamente, cuando el Partido Republicano se ha olvidado de esos principios es cuando lo han rechazado, como vimos en 2006 y ahora en 2008. Es esto lo que el progresismo secular no acaba de digerir. Lo que se ha escrito sobre Sarah Palin tras su nombramiento como candidata vicepresidencial muestra esa confusión, como bien probó Soeren Kern para el caso de Europa⁵. Ya sabemos que si un líder político conservador es visto con interés por los ciudadanos, el progresismo se lanza inmediatamente a exterminarlo con la ayuda de los grupos mediáticos y otras alianzas. Para los lectores españoles, el caso de Palin sería equivalente a lo que tras los atentados de la India vimos respecto a Esperanza Aguirre. En realidad, las izquierdas a nivel internacional buscan siempre razones para vejar cuanto pueden lo conservador. Y si es mujer, por un momento se olvidan de todos los falsos reclamos del feminismo radical porque, en el fondo, la radicalización del feminismo es un producto al servicio de la agenda política de las izquierdas y no de la verdadera defensa de la igualdad femenina. Pero una mirada seria a la izquierda norteamericana, tal y como ha hecho Daniel J. Flynn en su interesante libro⁶, prueba precisamente que el peligro está en el otro lado, en esa izquierda progresista norteamericana de nefasta historia y cada vez más radicalizada. A ella pertenece Obama y quienes tras las cortinas han hecho posible su llegada a la Casa Blanca.

⁵ Kern, Soeren. “What Europeans Are Saying About Sarah Palin”. *American Thinker*, 13 de septiembre de 2008.

⁶ Flynn, Daniel J. *A Conservative History of the American Left*. Nueva York: Crown Forum, 2008.

Estados Unidos es una nación predominantemente conservadora, como ya historió George H. Nash⁷ en medio de la revolución de Reagan, y como han vuelto a documentar en otro libro John Micklethwait y Adrian Wooldridge⁸, así como en lengua española ya hiciera José María Marco⁹. Cuando esos valores conservadores son alterados por el puente a ninguna parte que es el progresismo secular, Estados Unidos se resiente. Un candidato presidencial conservador como Reagan ganó de calle dos elecciones con el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo norteamericano. Aquella mayoría no ha desaparecido y sigue viva aguardando un verdadero líder conservador para el futuro. Nos referimos a la mayoría que se entusiasmó a finales de agosto con el golpe de timón conservador dado por John McCain en su campaña durante el foro del Saddleback Church donde, precisamente, defendió el origen de la vida humana desde el momento mismo de la concepción. Apuntamos así a la misma mayoría que se ilusionó con la aparición de Palin como candidata vicepresidencial. La encuesta arriba señalada se realizó antes de la entrada en escena de Palin, y su estrellato, todavía a día de hoy, vuelve a probar que Estados Unidos no es un país progresista, aunque los progresistas se hayan apropiado de buena parte de los medios de comunicación, de muchos centros de educación y de las calles de Hollywood.

Una mirada detenida a estas elecciones presidenciales prueba que fue la tibieza del Partido Republicano, en su versión moderada y centrista encarnada por John McCain, la que perdió las elecciones. El conservadurismo no perdió porque no estuvo verdaderamente representado en su candidato presidencial Republicano. Sin embargo, el conservadurismo ganó en gran medida según prueba una mirada a las provisiones, enmiendas e iniciativas puestas en los boletos electorales en distintos estados. La Proposición 8 en el estado de California prohibiendo el matrimonio homosexual, por ejemplo, confirma ese talante conservador de los estadounidenses incluso en estados supuestamente progresistas y en donde Obama

⁷ **Nash, George H.** *The Conservative Intellectual Movement in America since 1945*. Nueva York: Intercollegiate Studies Institute, 2006.

⁸ **Micklethwait, John & Wooldridge, Adrian.** *The Right Nation. Conservative Power in America*. Nueva York: Penguin, 2005.

⁹ **Marco, José María.** *La nueva revolución americana*. Madrid: Ciudadela, 2007.

derrotó a McCain por gran diferencia. Los ciudadanos de California mandaron así con esa Proposición 8, según detallaremos después, un mensaje al nefasto activismo judicial para indicar que la Libertad pasa por respetar las decisiones electorales del pueblo. Es así que cada vez que el conservadurismo aparece claramente planteado en una elección, no tiene problemas para ser aceptado y apoyado mayoritariamente. En aquellos lugares donde el conservadurismo se presenta como centrista o moderado, pierde su identidad, resulta aguado y descafeinado y acaba perdiendo interés. Resulta así que como el Partido Republicano ha venido olvidando su columna vertebral conservadora, la consecuencia ha sido la pérdida electoral en 2006 y 2008. Y aun así, esa misma ciudadanía –pese a castigar al Partido Republicano como tal– sigue votando a los valores conservadores provisión tras provisión.

Las elecciones presidenciales de 2008 han supuesto un nuevo triunfo del Partido Demócrata, encarnado en la figura de Obama. Su triunfo es histórico, especialmente por su condición de ser el primer presidente negro/mulato de este país y por simbolizar ese imperecedero sueño norteamericano. Pese a las dudas sobre su experiencia ejecutiva real y las contradicciones ideológicas expuestas a lo largo de su campaña, Obama aprovechó los superiores apoyos y donaciones económicas que tuvo su candidatura por parte del activismo progresista, así como el ciclo político que esta vez favorecía al Partido Demócrata. La situación económica tras el colapso de Lehman Brothers y la precipitada reacción de McCain fue el detonante último que le llevó a la victoria final. Esa coyuntura financiera repercutió sobre la opinión pública tan sólo unas semanas antes de las elecciones, justo cuando la campaña de John McCain iba por delante en las encuestas. Una mirada detenida a algunas de las situaciones de esta campaña, de las elecciones y lo que desde el 4 de noviembre estamos presenciando, apunta a la idea que defendemos aquí: que no es del todo acertado augurar que el pensar ideológico de los estadounidenses ha sido diametralmente alterado en lo político; tampoco lo es juzgar que el conservadurismo norteamericano está en decadencia o que ha muerto. Aquellos principios de Reagan y aquellos mismos valores de la revolución americana y el “Contrato con América” de Gingrich siguen hoy intactos.

Barack Obama ganó las presidenciales con el 53% de los votos totales (66 millones de votos populares equivalentes a 365 votos electorales) frente al 46% de votos totales logrado por John McCain (con 58 millones de votos populares equivalentes a 173 votos electorales). Obama se convertía así en el primer candidato presidencial del Partido Demócrata en más de treinta años capaz de obtener una mayoría en votos populares. Ni siquiera Bill Clinton lo había conseguido. El próximo Congreso de los Estados Unidos, resultante de lo decidido en las urnas este pasado noviembre, incluirá una Cámara de Representantes con notable mayoría Demócrata, lo que facilitará dar el posible primer paso en la aprobación de proyectos de ley que luego se llevarán al Senado. Es ahí donde se librará la gran batalla ideológica, dada la pérdida de asientos senatoriales por parte de los Republicanos en estados como Alaska, Oregón, Colorado, Nuevo México, Virginia y Carolina del Norte. A la hora de escribir esto, el estado de Minnesota acaba de terminar otro nuevo recuento de votos, que ha dado el triunfo electoral al senador Republicano Coleman. Aun así, dicho triunfo sigue pendiente de litigios en dicho estado que se resolverán sólo unos días antes de la inauguración del nuevo Congreso en enero de 2009. También acaba de celebrarse la elección senatorial de desempate en el estado de Georgia que ha confirmado el triunfo del Republicano Chambliss, lo que deja finalmente los resultados en una mayoría Demócrata de 58 senadores (incluyendo los dos senadores independientes que votan con los Demócratas) frente a los 42 senadores Republicanos (que podrían ser 41 si Coleman no acabara ganando en Minnesota). Estos resultados son importantes porque imposibilitan sobre el papel la automática mayoría absoluta de 60 votos requerida en el Senado. A su vez, muestran que algunos de los senadores Republicanos que no ejercieron como auténticos conservadores no han sido reelegidos.

Como ocurre siempre con los datos electorales, el analista puede realizar distintas lecturas de los resultados e interpretar el mensaje popular. Lo interesante en Estados Unidos es que las elecciones incluyen también posibles lecturas derivadas de las votaciones de enmiendas, proposiciones y medidas particulares planteadas en las distintas papeletas estatales. En este sentido, sólo en 2008 los norteamericanos vieron un total de 174 propuestas a nivel estatal. De ellas, 153 fueron votadas el 4 de noviembre en los di-

ferentes estados de la Unión. Aquí apuntaremos seguidamente algunas de las decisiones tomadas por los norteamericanos para mostrar que, contrariamente a lo que se ha venido escribiendo en cuanto al giro ideológico a la izquierda en Estados Unidos, los norteamericanos siguen teniendo posiciones muy cercanas al ideario conservador.

LAS PROPUESTAS E INICIATIVAS ESTATALES EN 2008

Uno de los primeros puntos a destacar es el del matrimonio homosexual. El llamado *gay marriage* fue objeto de consultas populares en varios estados. Resulta notable la actitud opuesta a aprobar la legalización de dicho matrimonio por parte de los votantes en varios estados como Arizona, Florida y también California (estado tenido como uno de los más progresistas de Estados Unidos). La explicación de estos resultados y la clara posición de la mayoría de norteamericanos en contra del matrimonio homosexual se debe a que frente a la tradicional y centenaria concepción del matrimonio como unión entre un hombre y una mujer, han aparecido desafortunadamente en los últimos años un conjunto de acciones judiciales que han querido invalidar la decisión de la ciudadanía. Se trata del activismo judicial que, apoyado en una supuesta “discriminación” a los homosexuales quebranta la definición misma del matrimonio. Si de lo que se trata es de argumentar un “derecho”, la redefinición para dar cabida a uniones homosexuales implicaría también entonces abrir la puerta a uniones entre adultos de condición polígama, incestuosa y aun hasta entre hombres y animales.

En Arizona, por ejemplo, la Proposición 102 establecía una enmienda a la Constitución de Arizona agregando la definición de que sólo una unión de un hombre y una mujer deberá ser válida o reconocida como matrimonio en ese estado. El 56% de los votantes de Arizona apoyaron esta proposición negándose a reconocer así el matrimonio homosexual. En Florida, la Enmienda 2, conocida como “Enmienda de Protección del Matrimonio”, venía a significar lo mismo: la definición oficial del matrimonio como el de un enlace entre un hombre y una mujer. El 62% de los ciudadanos de Florida votó a favor de esta enmienda, frente a un 38% que

se opuso. En California, la mencionada Proposición 8 buscaba exactamente lo mismo: enmendar la Constitución para especificar que sólo los matrimonios entre un hombre y una mujer fueran reconocidos como válidos por parte del estado de California. El 52% de los votantes californianos apoyaron esta propuesta haciendo ilegal así el matrimonio homosexual y oponiéndose a lo dicho en mayo de 2008 por el Tribunal Supremo de California. El hecho de que el 70% del electorado negro de California votara a favor de esta enmienda (o sea, no al matrimonio homosexual) ha generado toda una polémica –viva todavía a la hora de escribir esto– que muestra la incapacidad del activismo progresista de aceptar las decisiones de la mayoría. El economista y analista político norteamericano Thomas Sowell ya atajó con especial perspicacia este tema en un artículo publicado inmediatamente después de las elecciones¹⁰. En él, Sowell argumentó cómo en California se desplegó durante la campaña presidencial un movimiento a favor del matrimonio homosexual donde se incluían imágenes de individuos de raza negra siendo acechados por perros policía durante las manifestaciones a favor de los derechos civiles durante los sesenta. Se trataba así de equiparar las reivindicaciones homosexuales con las de las reivindicaciones étnicas de hace cuatro décadas. Dicha comparación resultaba engañosa, como bien señaló el propio Sowell, porque la discriminación racial de los sesenta fue real y no se corresponde con ninguna discriminación por orientación sexual en la actualidad. Ocurre simplemente que el matrimonio es una obligación legal, no un derecho. El matrimonio, cuyo perfil y obligación es impuesto por el Estado, no supone un derecho a la carta o alterable, sino establecido sobre unos parámetros. Así lo han visto millones de ciudadanos en Estados Unidos, desde Florida a California, pasando por Arizona y otros muchos estados. Por si esto no sirve para mostrar la visión conservadora que sobre temas como la familia y el concepto tradicional del matrimonio tienen los votantes norteamericanos, valga decir que los ciudadanos de Arkansas también aprobaron con la mayoría a favor del 57% una medida, la Iniciativa 1, que prohíbe adoptar niños a las parejas solteras –tanto homosexuales como heterosexuales.

¹⁰ Sowell, Thomas. “Affirmative Action and Gay Marriage”. *Townhall Magazine*, 5 de noviembre de 2008.

En el tema fiscal, particularmente el de los impuestos, destacan también algunas decisiones que muestran el contraste existente entre distintos estados. Encontramos, por ejemplo, estados como Massachusetts, donde los votantes –mayoritariamente progresistas– prefieren pagar más impuestos y depender del Gran Gobierno, según muestra su rechazo de una propuesta para eliminar el impuesto estatal, tal y como ya hicieron con otra medida idéntica en 2002. Algo parecido se observa en dos propuestas respectivas en Dakota del Norte y en Oregón –otro estado éste que vota casi siempre Demócrata–. Lo mismo es visible en estados como Minnesota (también de mayoría Demócrata), donde en 2008 aceptaron una subida en el impuesto estatal de ventas a fin de ayudar a las artes y a los recursos naturales. Sin embargo, frente a esta tendencia progresista a votar contra recortes de gasto público por el miedo a votar por algo que signifique la falta de ingresos para el Gran Gobierno a costa de los contribuyentes, es importante señalar la negativa general de los votantes norteamericanos en varios estados a subir los impuestos.

En Colorado, por ejemplo, los votantes rechazaron tres subidas de impuestos. En uno de los casos, y con un rechazo mayoritario del 62%, se opusieron a la Enmienda 51 que pretendía aumentar los impuestos estatales a los ciudadanos para obtener 185 millones de dólares anuales destinados a ayudar a personas con discapacidades de desarrollo. En Florida, los votantes también rechazaron en 2008 una medida que permitía a los condados aprobar impuestos sobre la venta de productos destinados luego a las universidades locales. De igual manera, los votantes del estado de Maine rechazaron una medida legislativa propuesta que hubiera subido los impuestos en la industria de las bebidas alcohólicas con el fin de apoyar a un programa estatal de salud pública. Asimismo, los votantes de Arizona votaron mayoritariamente, con un 76%, a favor de la Proposición 100, encaminada a limitar la subida de impuestos y prohibir cualquier nueva carga impositiva sobre la venta o cesión de bienes raíces en dicho estado. Al margen de algunos casos, sobre todo en estados donde se ha generado ya una dependencia del Gran Gobierno, lo normal en Estados Unidos es que los ciudadanos pidan una reforma fiscal por la que sus impuestos sean reducidos. Esa rebaja de impuestos ha sido precisamente una de las claves del conservadurismo fiscal, la empleada con éxito por Reagan, puesta en práctica por

los recortes fiscales de George W. Bush y que –de manera inteligente– Obama supo hacer suya argumentando falazmente que su proyecto económico reduciría los impuestos al 95% de los norteamericanos. Aun cuando dicho proyecto resulta incompatible con la redistribución de la riqueza también propuesta por Obama, la realidad es que el candidato Demócrata supo meter esta idea en la cabeza de los votantes frente a un McCain que, en medio de la crisis económica, resultó incapaz de explicar este particular claramente ubicado en los principios del conservadurismo fiscal.

Siguiendo con las votaciones de medidas y proposiciones estatales, la cuestión de la defensa de la vida, es decir, oponerse al aborto y a la eutanasia, es otro de los aspectos en los que se observa un curioso hecho: la voluntad popular de solucionar la cuestión del aborto, pero la incapacidad de los políticos Republicanos por explicar los detalles. El resultado es que, por ejemplo, millones de votantes cristianos –principalmente católicos– hayan votado a Obama, a pesar de ser éste un político totalmente a favor del aborto, prohibido por la Iglesia Católica y otras confesiones de tradición judeocristiana. El tema del aborto resulta, a mi juicio, el más preocupante y el que confirma lamentablemente un cambio cultural originado y asumido ya desde la fatídica decisión del Tribunal Supremo de Estados Unidos sobre el caso de *Roe vs. Wade* en 1973. Para poner todo en perspectiva, entre 1982 y 2006 se dieron en Estados Unidos veintitrés votaciones sobre restricciones en torno al aborto. Los votantes norteamericanos sólo aprobaron cinco, lo que prueba la falta de comunicación existente en torno a lo que, en esencia, es el aborto. Esa tendencia a no querer alterar la cuestión del aborto se ha repetido en estas elecciones de 2008, con tres intentos fallidos de prohibir el aborto a nivel estatal y que constituyen, cabe reconocerlo, un tropezón del movimiento conservador. En California, y por tercera vez consecutiva (como en 2005 y 2006), los votantes rechazaron una medida que enmendaría la Constitución de California y que requeriría a los médicos la notificación a los padres de una menor embarazada al menos 48 horas antes de practicarle el aborto. La medida no requería la aprobación de los padres para proceder al aborto, sino que se limitaba a obligar a los médicos a avisar a los padres. Aun así, el 52% de californianos votó en contra de esta medida, estando a favor el 48%.

Lo mismo podemos decir del caso de Dakota del Sur donde, por segunda vez consecutiva, sus ciudadanos rechazaron la prohibición del aborto. La Iniciativa 11 buscaba prohibir todos los abortos excepto en los casos donde la vida de la madre o su salud estuviera en riesgo o en casos de violación o incesto para embarazos de menos de veinte semanas. El 55% de los ciudadanos de Dakota del Sur votó en contra y el 45% a favor de suprimir el aborto. En Colorado también falló el intento de la Enmienda 48, que fue votada en contra por un 73% de ciudadanos al no aceptar éstos la idea de enmendar la Constitución de Colorado para clarificar que la vida humana empieza en el momento de la concepción. El objetivo, obviamente, era acabar con el aborto al definir como “persona” a “cualquier ser humano desde el momento de la fertilización”. La definición era aplicable a todos los aspectos de la Constitución del estado, incluyendo aquellas provisiones legales que aseguran el derecho a la vida, la libertad y la propiedad. En dos estados más, otros dos intentos de luchar contra el aborto y prohibirlo no pudieron llegar a ser votados por falta de firmas, tal y como muestra la “Iniciativa del Derecho a la Vida”, en Montana, y la “Ley de Prevención de Abortos Forzados e Inseguros”, en Missouri. En definitiva, y como señalábamos antes, el particular del aborto sigue siendo uno de los frentes de batalla más importantes y en el que Estados Unidos empieza a notar el avance del progresismo secular.

En ese particular de la defensa de la vida cabe incluir el asunto del llamado “suicidio asistido”, otra de las asignaturas importantes a las que se debe enfrentar el conservadurismo. Aun así, justo es decir que en la inmensa mayoría de estados, incluyendo las medidas planteadas este año en California, Michigan y Maine, la idea del suicidio asistido fue rechazada por la ciudadanía. Sólo en Washington se aprobó la Iniciativa 1000, aprobada por el 58% de los votantes. Cierto es que éste es el único estado de la Unión que tiene ese “suicidio asistido”, además de la medida “Muerte con Dignidad” aprobada antes en el estado de Oregón. En el caso de Washington, dicha acción sólo puede realizarse con adultos residentes en dicho estado, después de haber realizado dos peticiones orales distanciadas temporalmente en al menos dos semanas, y tras haber entregado una petición escrita con dos testigos incluyendo a una persona de fuera de la familia, un heredero, un médico o alguien ligado a un centro de salud del lugar de residencia del paciente.

A su vez, otros dos médicos deben también certificar que el paciente posee una enfermedad terminal y menos de seis meses de vida.

Otro tema importante que se ha debatido en estas pasadas elecciones es el particular de los programas de “Affirmative Action”, la llamada “discriminación positiva”. A la luz de las medidas estatales puestas a votación en 2008, hoy ya sabemos que son cada vez más las voces entre los norteamericanos que están en contra de esos programas y que los juzgan como parte del pasado, impropias de una nación que, después de casi medio siglo, no requiere ya de políticas o programas basados en tratos preferenciales o cuotas según las cuales se juzga a las personas por el color de su piel. En los últimos años, y como ejemplo del ideario conservador innato en el pueblo norteamericano, es notable la creciente voluntad ciudadana por acabar con estas prácticas. Así, en elecciones pasadas hubo ya votos a favor de suprimir la “Affirmative Action” en estados como California, Michigan y Washington. Se trataba, por ejemplo, de terminar con la consideración de factores basados en cuestiones de raza como determinante para contrataciones laborales o incluso admisiones universitarias, algo que ya el Tribunal Supremo había limitado. Este pasado 4 de noviembre los ciudadanos de Nebraska, por ejemplo, votaron en un 58% a favor de la Iniciativa 424 destinada también a acabar con “Affirmative Action” y enmendando así la Constitución estatal. En Colorado, sin embargo, una enmienda parecida –la 46– no fue aprobada por muy poco, ya que el 49% de los ciudadanos querían acabar también con la “Affirmative Action”. El voto en Colorado fue muy ajustado y la no aprobación de esta medida se debe, en gran parte, a la demagógica campaña lanzada contra los opositores de los programas de “Affirmative Action”, a quienes se equiparaba desafortunadamente con los miembros del grupo racista Ku Klux Klan. Cabe señalar, como otra muestra del talante conservador de la ciudadanía norteamericana, que hubo varios intentos de lanzar iniciativas similares en otros cinco estados, aunque al final las iniciativas en Arizona, Missouri y Oklahoma no llegaron a aparecer todavía en estas elecciones. Aun así, uno de los impulsores de estas iniciativas, el conservador Ward Connerly, asegura con razón que el fin de la discriminación “positiva” está cerca, al ser un programa que no tiene ya sentido, como prueba el hecho mismo de la elección de un candidato negro como Obama a la presidencia.

Al hilo de la economía, el particular debate sobre la energía ha sido un punto caliente durante la campaña, con inclusión de varias iniciativas estatales que muestran también cómo los norteamericanos tampoco están del todo convencidos de las voces apocalípticas del progresismo que auguran inmediatos precipicios para Estados Unidos al hilo del “calentamiento global” supuestamente producido por el ser humano. En ninguno de los estados, excepto uno, se aprobaron medidas ligadas a temas energéticos, lo que prueba la justa precaución que sobre estos temas tienen el electorado norteamericano y su sedimento conservador. Así, por ejemplo, en California ninguna de las dos proposiciones energéticas que estaban en la papeleta electoral –la 7 y la 10– fueron aprobadas y ambas acabaron siendo rechazadas por la gran mayoría de californianos. La proposición 7 de California requería a los servicios y compañías energéticas de dicho estado que emplearan la mitad de la energía con recursos renovables para el año 2025. También requería que los servicios energéticos de California aumentaran su compra de energía de fuentes renovables a un ritmo anual del 2% a fin de alcanzar los requisitos del RPS (Renewable Portfolio Standard) y alcanzar el 40% en el año 2020 y el 50% en 2025. La Proposición 7 fue votada en contra por un 65% del electorado californiano. Por otro lado, la Proposición 10 en el mismo estado pretendía usar dinero público para ayudar a los consumidores y a otros entes a comprar vehículos de bajo gasto en combustible o vehículos de energía alternativa, incluyendo coches de gas natural, así como destinar fondos públicos para la investigación de tecnología para combustibles alternativos, para tecnología de energías renovables, fundamentalmente energía solar, incentivos para tecnologías solares y renovables y otros fondos a ciudades y universidades con proyectos energéticos alternativos y eficientes. El 60% de los californianos también dijo que no a esta iniciativa. El estado de Missouri fue el único lugar donde los votantes aprobaron una iniciativa de energía limpia –la llamada Proposición C– y encaminada a crear nuevas regulaciones de electricidad renovable para el estado. Aun así, el voto a favor se debió al hecho de que la iniciativa obligaba al estado a no subir los precios energéticos más de un 1% anualmente.

Otro particular donde se observa el talante más conservador y prudente de los norteamericanos radica en el apoyo a medidas duras y efectivas para luchar contra el crimen y el delito. En California, por ejemplo, la mayoría

de los ciudadanos apoyaron proposiciones para conceder mayor derecho a las víctimas y menos derechos a los criminales. La Proposición 9, por ejemplo, se llamaba “Ley de 2008 para la Protección y Derechos de las Víctimas”, popularmente conocida como “Ley de Marsy”. El Partido Demócrata oficialmente se había opuesto a esta proposición. Sin embargo, con su aprobación, los californianos lograron que la Constitución de California se enmiende ofreciendo más apoyo a las víctimas de crímenes. De esta manera, se concede mayor derecho a las víctimas y supervivientes al garantizárseles todos sus derechos en la investigación y los procesos judiciales, de fianza y libertad condicional. A su vez, las víctimas quedan protegidas de acoso por parte de los criminales y abogados, una práctica que había alcanzado en California situaciones de falta de respeto y dignidad para las víctimas. Este ejemplo, junto a los anteriores, muestra ese sedimento conservador de la ciudadanía conservadora.

BARACK OBAMA Y EL FUTURO DE ESTADOS UNIDOS

Las votaciones estatales arriba señaladas durante las elecciones de 2008 confirman en buena medida la existencia de una base ciudadana más cerca del conservadurismo que del progresismo. La ya apuntada tibieza de muchos políticos Republicanos, el inmenso gasto público, el cansancio de dos guerras en marcha, el susto económico de septiembre y la poco convincente campaña de John McCain (sobre todo si se compara con la aparente simpatía de Obama) explican, entre otras razones, el voto presidencial a favor del lado Demócrata. Nada de esto es óbice, sin embargo, para que el pueblo norteamericano siga siendo mayoritariamente conservador. Aun así, cabe reconocer que la amenaza de los grupos ligados al progresismo de izquierdas en Estados Unidos es ahora más grave y más real de lo que puede parecer. El martilleo progresista sobre la cultura popular desde varios frentes (a través de los medios de comunicación, las instituciones de educación y otros agentes y grupos activistas) han empezado ya a hacer mella sobre el imaginario social en cuestiones como, por ejemplo, las bondades del aborto, pese a que éste atente contra el primero y más fundamental de los derechos humanos (el derecho a la vida). La paulatina y casi ciega asimilación por parte de la cultura popular de infames prácticas como

esta del aborto, la negación de la tradición judeocristiana de la nación norteamericana y otras actitudes ligadas al progresismo secular de izquierdas ejemplifica lamentablemente el avance de la agenda progresista en la sociedad norteamericana, tal y como ya documentó con eficacia Laura Ingraham¹¹.

Al inicio de este artículo indicamos que la segunda cuestión de fondo para nuestro análisis conectaba con lo que ya adelantamos en otro análisis nuestro de 2007 en estas mismas páginas sobre la izquierda norteamericana. Pese a confiar en el sedimento mayoritariamente conservador del pueblo norteamericano, y aunque reconozcamos la estabilidad institucional de este país, seguimos advirtiendo del peligro que suponen esas izquierdas ideológicas en Estados Unidos, capaces de seguir impulsando importantes cambios sociales y culturales que resultan, a mi juicio, nocivos para la Libertad. Se trata de grupos progresistas ligados a una ideología de izquierdas y rastreables en las alianzas políticas con grupos de presión que precisamente han hecho posible la victoria de Obama. Frente al pensar generalizado del “centrismo” de Obama, nos atrevemos a augurar que su presidencia no va a ser, como muchos quieren creer a la luz de sus primeros nombramientos, la del político no partidista, sino la de quien –dentro del pragmatismo que le caracteriza– aprovechará esta gran oportunidad para avanzar las agendas del progresismo secular e intentar romper con el conservadurismo norteamericano. En nuestro mencionado artículo, afirmamos también que las izquierdas estaban aguardando la posibilidad de operar un silencioso cambio de régimen político en Estados Unidos paralelo a la creación de un clima de división interna. A crear dicho clima de confrontación y caos es precisamente a lo que se han estado dedicando esos grupos de izquierdas en Estados Unidos durante los últimos ocho años. De hecho, si algo caracteriza al progresismo y a las agendas políticas de las izquierdas es que sus constantes reclamos se enmarcan siempre en ofrecer una visión de tenebrosos escenarios de crisis y caos. Hoy sabemos ya que, tras los fracasos de los años sesenta y setenta, la lenta y silenciosa revuelta contra el capitalismo está resucitando ya en este siglo XXI y en medio de una monumental confusión económica y financiera.

¹¹ **Ingraham, Laura.** *Power to the People.* Nueva York: Regnery, 2007.

Cuando todavía no sospechábamos siquiera la rápida irrupción de Obama en el escenario político norteamericano, ya apuntamos también que la izquierda norteamericana estaba avanzando posiciones en la política estadounidense. Indicamos asimismo que ese avance radicaba en haber sido capaz de infiltrarse eficazmente en el seno del Partido Demócrata. Además, si la izquierda norteamericana –como ya apuntamos también– era capaz de ajustar constantemente sus principios, y aun de esconder su verdadera agenda para adaptarse a un lenguaje y a unas prácticas que ocultasen sus verdaderas intenciones, el caso de Obama personifica a la perfección esa práctica y ese peligro. La primera estrategia durante su campaña fue esconder en qué consistía su agenda real de “cambio”. Para ello, hacía falta fulminar lo hecho por George W. Bush, como si los pasados ocho años hubieran sido un fracaso en todos los frentes. Obama contaba –como en casi todas las áreas– con la impagable ayuda de los medios de comunicación, en su mayoría progresistas y cuya parcialidad en esta campaña presidencial merecería un análisis detallado. Obama negaba así la realidad de que los ocho años de la presidencia de Bush presenciaron un cambio importante en la historia de la política internacional. El 11-S alteró la dinámica geopolítica y Estados Unidos entró en una nueva etapa de su política exterior. En el ámbito de la política interior, ya José María Marco expuso en estas mismas páginas algunas de las cuestiones ligadas a su presidencia en el contexto del llamado “neoconservadurismo”¹². Sin ser un conservador auténtico, Bush fue capaz en 2000 y 2004 de ganar las presidenciales, con suficiente margen y aunando a su base. No han faltado en estos años, incluido el propio Obama y su partido, quienes han demonizado a Bush y su equipo. Nadie puede negar los errores que –como cualquier máximo mandatario– cometió Bush en el ámbito del excesivo gasto público, por ejemplo. Con todo, la realidad es que Bush se marcha dejando una herencia mejor de la que hoy muchos analistas políticos juzgan, una herencia que sólo el tiempo y la historia podrán valorar con la necesaria perspectiva histórica.

De momento, la doctrina Bush –si es que así puede llamarse– ha servido para que cientos de millones de norteamericanos no hayan tenido

¹² Marco, José María. “El futuro del neoconservadurismo en Estados Unidos”. *Cuadernos de Pensamiento Político* n° 19 (2008): 187-207.

otro ataque terrorista durante su mandato. Por eso resulta incomprensible que el gran ausente de esta campaña electoral, por decisión de John McCain, haya sido precisamente Bush. Obama se dedicó a hablar de los ocho años de “políticas fallidas de Bush” y McCain mordió el cebo sin darse cuenta de la popularidad de Bush entre los votantes Republicanos. Bush ha sido objeto de las iras y los ataques más descarados e injustificados, como bien planteó Jeffrey Scott Shapiro en una interesante y reciente columna en el *Wall Street Journal*¹³ que le ha valido ya muchos ataques. Shapiro, antiguo ex asesor de John F. Kerry en 2004, asegura que el actual bajo índice de aprobación popular con el que cuenta Bush es el resultado de haber querido contentar al Partido Demócrata, pues muchos de los problemas que hoy tiene Estados Unidos como nación existían ya desde mucho antes de la llegada de Bush a la Casa Blanca. Como también recuerda Shapiro, su actual aprobación popular lo pone en compañía de presidentes como Harry S. Truman, poco populares en el momento de terminar su presidencia pero que, años después, la historia ha reconocido como grandes presidentes. No le falta tampoco razón a Shapiro al afirmar que el tratamiento que Bush ha recibido en su país –y en el exterior, añadimos nosotros– es simplemente una desgracia. Lo cierto es que Bush se va dejando ya solucionado prácticamente para Obama el tema por el que más se le atacó: Irak, donde hoy existe ya un plan de retorno para las tropas después de haber liberado a casi 30 millones de iraquíes, tras acabar con un despótico tirano y una vez garantizado el funcionamiento institucional en Irak, con una Constitución votada y aprobada, un estado civil que funciona y unas efectivas fuerzas de seguridad, además de estar en paz con sus seis vecinos.

Habiendo descalificado ya a los Republicanos y a Bush como su cabeza principal en los últimos ocho años, Obama aparece ahora en escena presentándose como un moderado centrista. Aun así, resulta difícil dejar de observar que Obama y el Partido Demócrata van a servirse de esta coyuntura económica en crisis para generar un disimulado cambio social que lleve a una vuelta al Gran Contrato Social, al Estado niñera, en línea con

¹³ Shapiro, Jeffrey Scott. “The Treatment of Bush Has Been A Disgrace”. *The Wall Street Journal*, 5 de noviembre de 2008.

lo hecho durante el siglo XX por Franklin D. Roosevelt o Lyndon B. Johnson. Rahm Emanuel, el congresista Demócrata por Illinois y jefe del gabinete de Obama, ha confesado públicamente su voluntad de aprovechar esta histórica oportunidad para poner en práctica políticas progresistas ligadas al intervencionismo del Estado y la dependencia de los ciudadanos respecto al Gran Gobierno. La selección por parte de Obama de Emanuel como jefe de su gabinete envía varios mensajes. El primero de ellos es que no piensa repetir los errores de Bill Clinton, quien mostró su progresismo demasiado temprano y claramente en los dos primeros años en la Casa Blanca y que perdió las elecciones intermedias en 1994. Emanuel es precisamente quien elaboró la táctica Demócrata en 2006 de presentarse a esas elecciones intermedias como moderados y aun conservadores. Aun así, la realidad es que Obama ha sido hasta su elección –y en apenas unos meses en ese cargo– el senador más de izquierdas de todo el Senado de los Estados Unidos. Pese a su extremismo en varios temas (como su oposición a la Ley de Protección a los Nacidos Vivos¹⁴ en sus años en Chicago como senador) y pese a sus turbias y todavía no aclaradas alianzas con personajes racistas (Pfleger, Wright, Farrakhan), mafiosos (Rezko) y aun terroristas (Ayers, Dohrn, Khalidi), Obama fue capaz de presentarse como moderado prometiendo recortes fiscales.

En las semanas posteriores a su elección, Obama ha venido apareciendo ya sobre el podio de una oficina fantasma –la Oficina del Presidente

¹⁴ Conocido es que Obama está abiertamente a favor del aborto y así lo reflejan todos sus votos legislativos a lo largo de su carrera política. Más preocupante incluso resulta su apoyo indirecto a permitir dejar morir a los bebés que sobreviven al procedimiento del aborto. Como senador en Chicago, en la Asamblea Legislativa del Estado de Illinois, Obama votó hasta tres veces contra un proyecto de ley que aclaraba que los bebés supervivientes de un aborto deben ser protegidos, o sea, que no se les puede matar o dejarlos morir sin atención médica. El Congreso de los Estados Unidos había votado unánimemente y aprobado en 2002 la “Ley de Protección de los Nacidos Vivos” (“Born Alive Infants Protection Act-BAIPA”) que protege a los bebés que logran sobrevivir a abortos tardíos y nacen vivos. Cuando un texto prácticamente idéntico al federal recogido en esa Ley de Protección de los Nacidos Vivos llegó a la Asamblea Legislativa de Illinois, el entonces senador estatal Obama siguió rechazando la versión de la misma Ley y votó en contra alegando que dejar vivos a esos recién nacidos iba en contra de la voluntad inicial de las madres que querían abortar. El radicalismo de Obama en este particular coincide con organizaciones pro-abortistas como NARAL o Planned Parenthood. Para los detalles del tema de Obama, basta consultar las transcripciones de las sesiones legislativas. También resulta muy esclarecedor el artículo al respecto de Erick Erickson: “Obama in his own words” (*Human Events*, 25 de agosto de 2008).

Electo-, inexistente físicamente como tal en la tradición democrática e institucional norteamericana. Desde ese lugar, Obama ha creado ya una realidad virtual de estar al mando de la situación perpetuando así la idea de su mesiánico poder. Por si esto fuera poco, en su discurso de aceptación en la noche del 4 de noviembre, Obama inició ya su nueva campaña para ser reelegido en 2012, cuando en el Grant Park de Chicago les dijo a sus seguidores que su “cambio” iba a requerir más de cuatro años en la Casa Blanca. De momento, ese “cambio” real no incluye demasiadas caras nuevas en su gabinete: Hillary Clinton, Eric Holder, Rahm Emanuel, Bill Richardson, Larry Summers, Paul Volcker, Susan Rice o Tom Daschle recuerdan tiempos pasados bajo Bill Clinton o Jimmy Carter; y otros nombres, como Robert Gates o James Jones, no son precisamente nombres opuestos a las políticas de Bush, sino más bien todo lo contrario. De hecho, la posición paradójica y hasta hipócrita de Obama pasa por haber atacado a la Administración Bush como incompetente durante toda la campaña presidencial pero, a la vez, haber nombrado ahora a personas de su gabinete que pertenecían a la órbita de Bush. Con eso, Obama ratifica y da la razón –aunque no quiera– a los planteamientos de Bush en los últimos años –esos que Obama tanto vapuleó– especialmente en materia de defensa y seguridad nacional, como prueban los nombramientos de Robert Gates o James Jones y la ratificación de generales como David Petraeus y Raymond Odierno, claves para la exitosa estrategia de escalada militar en Irak.

La personal radiografía electoral norteamericana que aquí estamos trazando, en definitiva, destaca el sustrato conservador que sigue vivo en la ciudadanía electoral de Estados Unidos, independientemente de que Obama haya sido elegido presidente. Pero, por lo mismo, su llegada a la Casa Blanca es el primer paso real alcanzado por la izquierda norteamericana en muchos años para intentar llevar adelante un cambio sustancial para enterrar el sentir popular de talante conservador en esta nación. Obama sabe muy bien que cualquier apariencia de radicalismo progresista inicial en sus primeros meses en la Casa Blanca puede resultar nefasta y contraproducente, como ya le ocurrió a Bill Clinton. Cuando lleguen las intermedias de 2010, aclarada posiblemente la crisis financiera y zanjado el tema de Irak, con una fama de presidente centrista y moderado, Obama

podría incluso aumentar el número de congresistas y senadores de su partido. Será entonces cuando podrá atender a su base ideológica natural que no es otra que la izquierda, donde le esperarán ansiosos cuantos han movido tras las cortinas los hilos para su elección. Con el control total del ejecutivo, con mayorías legislativas y con la posibilidad real de nombrar jueces activistas, incluidos los del Tribunal Supremo, Obama estaría así dando los primeros pasos con los que la izquierda norteamericana ha venido soñando durante las últimas décadas. Ése es el verdadero peligro presente, a menos que los conservadores sean capaces de tomar las riendas del Partido Republicano y recuperen la confianza ciudadana y su necesario papel en la vida política norteamericana.

Obama sabe que primero debe afianzar los mercados y la economía, generar confianza entre la ciudadanía y no aparecer como un presidente radicalizado en sus primeras agendas y movimientos. Sólo así podrá iniciar después el desarrollo de su anhelada agenda progresista de “redistribución de la riqueza”, de nacionalización de la salud pública, de desarme unilateral de la capacidad nuclear de los Estados Unidos, de aprobación legislativa para que los sindicatos controlen el voto de los trabajadores e impidan que sea voto secreto (la llamada “card-check legislation” ya en marcha por parte de los Demócratas). Sólo así, sabe Obama, podrá realizar con garantías de éxito el nombramiento de decenas de jueces activistas, el cierre de Guantánamo, la ampliación masiva del gasto público hasta alcanzar el *Estado Niñera* con el que sueñan él y sus aliados, la imposición de regulaciones bajo la excusa de la farsa del calentamiento global producido por el ser humano, la gigantesca subida de impuestos a la inmensa mayoría de los ciudadanos y la aprobación de la mal llamada Fairness Doctrine (eufemismo para acabar con los restantes medios de comunicación conservadores). Todo esto no son en modo alguno apocalípticas fantasías o falsas premoniciones aquí presentadas, sino la visión personal de quien esto escribe y que mucho desearía equivocarse. Pero la realidad es la que es y tanto Obama en la Casa Blanca como Harry Reid y Nancy Pelosi en el Congreso son lo que son como políticos. Para alcanzar todo eso, Obama cuenta ya no sólo con la mayoría legislativa en el Congreso, sino también con muchos medios de comunicación a favor que están ya presentando su figura presidencial

(como antes hicieron con los Clinton y aun a Carter) como la de un hombre moderado y centrista.

Pese a todo, el lado positivo de todo esto para los conservadores y para el Partido Republicano pasa por ver los modos que tenga Obama de imposibilitar esas mayorías legislativas a partir de 2010. Una mirada a la historia ayuda a ver que los conservadores norteamericanos han sido siempre capaces de salir adelante, incluso en momentos difíciles como el que ahora vive el Partido Republicano. Si miramos los triunfos Demócratas en elecciones presidenciales durante los últimos cuarenta y cinco años podemos encontrar razones para confiar en el regreso de los conservadores y, más ahora, cuando Obama resulta ser un claro ejemplo de esa estrategia progresista. En 1964, Lyndon Johnson derrotó a Barry Goldwater; en 1976, Jimmy Carter venció a Gerald Ford en una elección muy ajustada; en 1992, Bill Clinton venció al primer George H. Bush. Curiosamente, cada una de esas derrotas supuso una inmediata y exitosa reacción del Partido Republicano. Así, entre 1976 y 1980, Reagan montó la gran revolución conservadora que floreció en los ochenta. De igual modo, hay un parecido claro entre el triunfo de Clinton en 1992 y el de Obama ahora en 2008. De aquella derrota surgió el *Contract with America* de Newt Gingrich y la segunda revolución conservadora que llevó a mayorías en las dos cámaras del Congreso en 1994, así como a sendas victorias presidenciales en 2000 y 2004 por parte del George W. Bush. La derrota de McCain, sin ser tan estrepitosa, puede ahora permitir a los conservadores tomar posiciones de cara a las intermedias de 2010 y las presidenciales de 2012. Para ello, en cualquier caso, se requiere de la explicación y aplicación de principios conservadores a la ciudadanía por parte de una mezcla de nuevas y viejas generaciones de políticos conservadores capaces de comunicar dichas ideas al electorado. Sólo cuando esto ocurra y se perfilen esos principios conservadores, se podrá hacer frente con garantías a la emoción electoral que ha supuesto el fenómeno Obama y a la paulatina infiltración de la izquierda en la política norteamericana.

OBRAS CITADAS

Acereda, Alberto

“La izquierda norteamericana”. *Cuadernos de Pensamiento Político* 15 (2007): 145-162.

Battleground Poll

Cuestionarios y encuestas a cargo de Celinda Lake y Ed Goetas para “The Tarrence Group and Lake Research Partners”, 2008.

Corsi, Jerome R.

The Obama Nation. Nueva York: Threshold Editions, 2008.

Flynn, Daniel J.

A Conservative History of the American Left. Nueva York: Crown Forum, 2008.

Fredosso, David

The Case Against Barack Obama. Nueva York: Regnery, 2008.

Hayek, Friedrich

Los fundamentos de la libertad. Madrid: Unión Editorial, 2006.

Ingraham, Laura

Power to the People. Nueva York: Regnery, 2007.

Kern, Soeren

“What Europeans Are Saying About Sarah Palin”. *American Thinker*, 13 de septiembre de 2008.

Marco, José María

La nueva revolución americana. Madrid: Ciudadela, 2007.

“El futuro del neoconservadurismo en Estados Unidos”. *Cuadernos de Pensamiento Político* 19 (2008): 187-207.

Micklethwait, John & Wooldridge, Adrian

The Right Nation. Conservative Power in America. Nueva York: Penguin, 2005.

Nash, George H.

The Conservative Intellectual Movement in America since 1945. Nueva York: Intercollegiate Studies Institute, 2006.

Shapiro, Jeffrey Scott

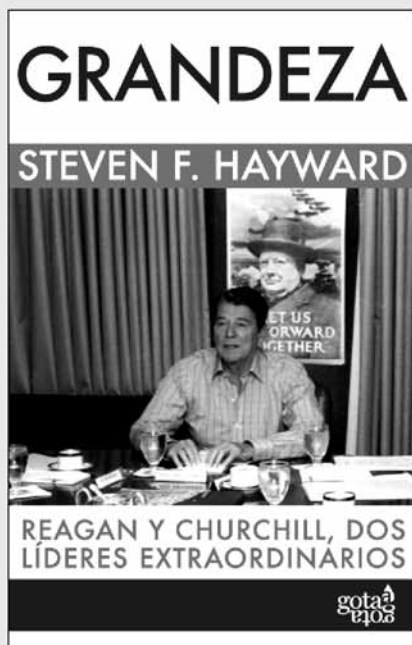
“The Treatment of Bush Has Been A Disgrace”. *The Wall Street Journal*, 5 de noviembre de 2008.

Sowell, Thomas

“Affirmative Action and Gay Marriage”. *Townhall Magazine*, 5 de noviembre de 2008.

Walker, Bruce

“The Biggest Missing Story in Politics”. *American Thinker*, 25 de agosto de 2008.



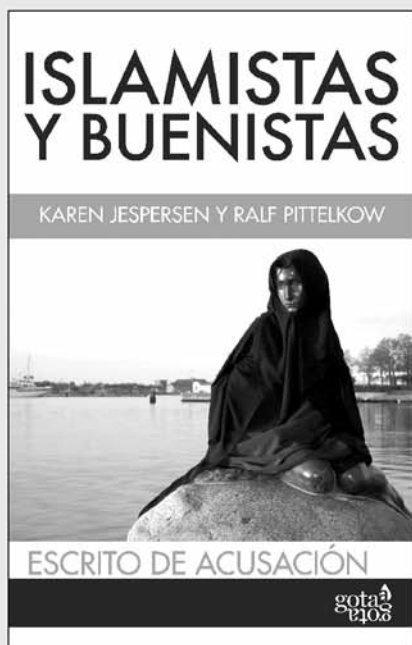
GRANDEZA

REAGAN Y CHURCHILL,
DOS LÍDERES EXTRAORDINARIOS

Steven F. Hayward

Precio: 20 €

“No temas la grandeza; algunos nacen grandes, otros alcanzan la grandeza, y a otros la grandeza les desborda”, escribió William Shakespeare en La duodécima noche, publicada en 1601. Steven F. Hayward admira la grandeza y, en especial, la grandeza política. Desgrana en este libro por qué Ronald Reagan y Winston Churchill, dos gigantes del siglo XX, son excepcionales ejemplos de grandeza política.



ISLAMISTAS Y BUENISTAS

Escrito de acusación

Karen Jespersen
y Ralf Pittelkow

Precio: 21 €

El arranque es una fábula que “muestra como un ciudadano de clase media del todo corriente cierra los ojos ante el avance de fuerzas destructoras que amenazan a su sociedad”. El objetivo, un aviso: “El nazismo ganó adeptos apelando a su identidad racial (los arios); el comunismo lo hizo apelando a su identidad social (el proletariado); y el islamismo apela a su identidad religiosa”. El relato es un análisis de cómo afrontaron Dinamarca y Europa el desafío islamista tras la publicación de las caricaturas de Mahoma.